

el papel de un viejo sustituto interpuesto entre la florescencia y la fructificación de sus desapoderadas ambiciones.

Ya no era, no, momento de aguardar. Si el cardenal Médicis no recogía la tiara en aquella excepcional coyuntura, quedaban sus ambiciones rotas y su familia desamparada. Digno, aunque bastardo, hijo de los políticos fundadores de la gran escuela florentina, cuya alta personificación científica se encuentra en Maquiavelo, resolvió no salir del Conclave sino Pontífice, á cuyo pensamiento y propósito subordinó todas sus ideas, exaltadas por las múltiples y varias pasiones que forman el necesario cortejo de una incontrastable ambición. Resistencias de los ancianos, enemigas de los Orsinos, celos de los Colonnas, oposición de los franceses, impacencias y rivalidades de Wolsey, importábanle un ardite contando como contaba con la protección del Emperador y con la obra del tiempo. Así encerróse en el Conclave como pudiera encerrarse un cadáver en el sepulcro, que no necesitase ni de alimento para vivir, ni de aire para respirar, frío y rígido á guisa de momia que aguardase en sus sienas petrificadas espléndida corona. Y bien necesitaba de paciencia, porque, según lo largo de los trámites, lo difícil de las circunstancias, lo exacerbado de las pasiones, el enmarañamiento de las incidencias, podía durar tanto el Conclave como la vida de alguno de sus miembros.

El primero á quien precisaba descartar era á Wolsey, cuya senil impaciencia tocaba ya en los últimos límites del desasosiego y de la inoportunidad. En cuanto supo la muerte, por él tan apetecida, de Adriano, movió todos los resortes encontrados al paso con la premura y la actividad demandadas por las extraordinarias circunstancias. A sus embajadores les enviaba correo sobre correo, carta sobre carta, incitándoles á no darse punto de reposo hasta granjearle por cualquier medio la meta principal de su vertiginosa carrera. Ofertas maravillosas á los ambiciosos, cohechamientos de los necesitados, intrigas con los intrigantes, amenazas á los tímidos, invocación al poder político de Enrique VIII, oro de las arcas inglesas, todo cuanto hubieran de menester se les facilitaba, como si el asunto relacionado por tantas partes con las cimas del espíritu y con las profundidades del cielo se redujese á mero negocio industrial, económico, ó cuando mas político. Mientras el cardenal de York apelaba desvergonzadamente á la corrupción para captarse la tiara, el Rey de Ingla-

terra, por su lado, apelaba también á la autoridad de Carlos V para que sirviese y secundase los ambiciosos propósitos de su primer ministro. Nunca menos que entonces podía disgustar Carlos V á su poderoso amigo Enrique VIII, cuando sonaba la hora de los grandes conflictos y había menester de sus poderosos auxilios. Así daba buenas palabras á Wolsey y hacía buenas obras por Médicis, su cardenal favorito, recomendado mucho antes de la muerte de Adriano VI, como único papable, á la actividad y celo de nuestro embajador en Roma, el célebre duque de Sesa.

En la hora misma de la apertura del Conclave quejéronse los representantes del Rey de Francia por la liga presidida y encabezada con el nombre de Adriano VI, quien no sintió escrúpulo religioso al proteger y amparar perjurio tan negro y traición tan grande como la traición y el perjurio de un Borbon, separado de su Rey natural y unido á los enemigos de su patria y de su raza. Y así como los embajadores de Francisco I lamentaban estos agravios, los embajadores de Carlos V pedían los recursos pecuniarios prometidos por el Papa anterior para auxilio y mantenimiento de sus poderosas banderas. Desoyeron los cardenales todos las quejas del uno y las demandas del otro, empeñando de esta suerte ambos en la consecución de un Papa que siguiese y ayudase las corrientes de su política. Médicis, el candidato de Carlos V, contaba ya diez y ocho votos resueltos; y aunque había menester las dos terceras partes, no desesperaba de tenerlas, dado su conocimiento del Conclave y su maestría en las palaciegas intrigas. El mayor de los inconvenientes, con que topaba, encontrábase en aquella hostilidad de su colega Próspero Colonna, muy amigo del Emperador, pero muy enemigo de los Médicis. Si Colonna prefiriera sus compromisos políticos á sus pasiones personales, el cardenal Médicis lograba su anhelo, y en conseguir tal preferencia, cifró todo su empeño. Dos meses trascurrieron de encierro para los cardenales, sin que las intrigas urdidas, las votaciones celebradas, los escrutinios publicados diesen ninguna luz sobre la salida próxima de tantas dificultades insuperables ni anuncio ninguno sobre el Pontífice posible y fácil en tan opuestos y encontrados elementos. La Iglesia sin jefe, el Conclave sin guía, la Italia sin paz, la Europa entera en anhelosa incertidumbre, los dominios pontificios asaltados por súbitas conquistas, impulsaban al pueblo roma-

no, temeroso de caer nuevamente bajo la autoridad de un extranjero, á que interviniese en el Conclave y demandase á gritos el término inmediato de aquella eleccion procelosa. Viendo que no habia medio alguno de inteligencia entre todos los experimentados príncipes de la Iglesia, decidieron acortarles la racion diaria, reduciéndoles de tal suerte el plato que se rindiesen por hambre. Y no se contentaron con esto los romanos, sino que tumultuados en enérgica manifestacion, corrieron á las puertas del Conclave en demanda de un término á la ansiedad del pueblo, empeñada en que le dieran pronto Papa, aunque ese Papa fuese un leño. Necesitó el cardenal Armelino asomarse á las ventanas del palacio y amenazar á la muchedumbre con darle un Papa extranjero, para que el tumulto se conjurase y el pueblo se disolviese, no sin grandes quejas, por tanta indecision y tardanza.

Conociendo Colonna la repugnancia de los romanos á Pontificados como el último, difundió la especie indudablemente calumniosa, de una inteligencia entre los partidarios de la candidatura Médicis y los embajadores ingleses, para traer un Papa extraño á la ciudad de Roma y contrario á la independencia de Italia. Todos estos inconvenientes contribuian á diferir la salida de la eleccion y á perpetuar la estada del Conclave. Entre tanto, las dificultades crecian desmedidamente en toda Europa y las perturbaciones se agravaban por terrible manera dentro de Roma. No es mucho, pues, que, indignadas las muchedumbres, corrieran al Vaticano, y demandaran el restablecimiento de antiguos cánones, promulgados en tiempo de Bonifacio VIII, y segun los cuales debian los prelados, reunidos en Conclave, ayunar á pan y agua hasta tener decidida la eleccion y nombrado el nuevo Pontífice. Cosas duras para los viejos y achacosos del Sacro Colegio la inclemencia de la estacion, la inmovilidad forzosa en el lugar de la sacra Asamblea, la separacion del mundo, los ayunos obligados, la inquietud moral producida por las amenazas europeas y las perturbaciones romanas, la tristeza de aquel combate donde parecian los sacerdotes del Señor soldados y guerreros del mundo; pero nada pudo persuadirles á precipitar una solucion ya apremiante y siempre saludable á la Iglesia debilitada por los marasmos de la incertidumbre. Todo el mundo allí dentro tenia vivísimo interés en prolongar la situacion. No afectaban las penalidades de los ancianos á los jóvenes, y estos, que debian re-

presentar la impaciencia, estaban resueltos á la resignacion, fiando del tiempo lo que no podian conseguir por ningun otro medio. Joven habia que esperaba una solucion hasta de los claros abiertos por la muerte en las filas de los ancianos. Médicis, resuelto á todo, menos á la derrota, sabiendo que, si en otros empeños de la vida, puede la victoria depender del empuje, en este empeño especial dependia principalmente de la paciencia, se cruzaba de brazos, dejando á las intrigas urdirse y deshilarse á su guisa, mientras él sostenia firme y compacta una legion numerosa, dentro de la cual no entraban ni el desmayo ni la incertidumbre, y que por lo mismo, iba pronto á convertirse en una formidable mayoría. Penetrado Colonna de que no habia medio humano para vencer á Médicis, el cual tenia la firme resolucion de no consentir ningun Papa francés, persuadió á los franceses á que le auxiliaran unánimes en la seguridad de que nunca él, ni ninguno de los suyos, aunque imperiales, podian tener al imperialismo la devocion exagerada que un prelado impelido por las circunstancias á esperarlo todo de las victorias del Emperador y del Imperio en sus ensueños de eterna dominacion sobre los florentinos y sobre Florencia.

Por fin logró Colonna que los votos franceses pudieran recaer en Jacobaccio, romano de origen, pero universal en sus tendencias; imperialista por su partido, pero inclinado á la moderacion por su temperamento. En todas las fracciones suele una extrema izquierda hostil á la flexibilidad, necesaria en los asuntos de este mundo, perderlo todo por intransigencia é intolerancia; y los Orsinos, entrados en el partido francés por odio á los Colonnas, al ver probable un Pontífice acepto á esta poderosa familia, rompieron el haz que debian formar, faltaron á la consigna que debian obedecer, y en último resultado obtuvieron ¿qué? la victoria del mayor de sus enemigos, la victoria de Médicis. Creyó Colonna segura la victoria, si arrancaba de la fraccion de este último algunos votos, y yéndose resueltamente á él mismo, le pintó los peligros que pudiera correr la Iglesia por la extrema prolongacion del Conclave y le pidió los votos necesarios para la victoria de Jacobaccio, que eran cuatro, prometiéndole, de no salir este, á causa de la desercion de los suyos, abandonarle á él todos sus votos. Médicis comprendió que, en aceptar este arreglo, se encontraba el secreto de su victoria; y aceptándolo y cumpliéndolo en todas

sus partes, como seguro que estaba de la desercion de los Orsinos, en ninguna manera podía salir su temible y poderoso rival. Efectivamente los Orsinos desertaron, y desertando los Orsinos, quedó vencido Jacobaccio. Herido Colonna por lo que mas hiere en este mundo, por el abandono de los que tenían deber de acompañarle y de seguirle, dirigióse á Médicis y le prometió el cumplimiento formal de su palabra y la fidelidad en el pacto convenido de antemano. La ira de Colonna esparció el terror en el ánimo de los desertores; su resolución hizo resueltos á los indecisos; y la victoria fué á sonreír por completo á quien debía llamarse, si no el mas afortunado, el mas paciente. En esos minutos, que deciden de las mayores crisis, encontróse una parte del Conclave comprometida, mas que comprometida, juramentada para no votar á un Médicis. Y sin embargo, todos querían votarle. Vióse, pues, un caso rarísimo: los cardenales se echaban unos á los piés de otros y se confesaban mutuamente y mutuamente se pedían las respectivas absoluciones, que los redimieran así ante la conciencia propia como ante el tribunal divino, de los compromisos contraídos y de los juramentos prestados. Por fin el 18 de noviembre nombraron á Julio de Médicis Papa por adoracion; este Papa tomó el nombre, que había de infamar con su triste política; el nombre de Clemente VII.

Poco después de la elección sobrevinieron circunstancias que debemos recordar, para comprender la política del nuevo Papa, las catástrofes que trajo sobre Italia, los castigos tremendos que recayeron sobre su propia persona, y los golpes que sufrió su espléndida tiara. Francisco I se encontraba en el Milanesado, y el nuevo Papa pertenecía en cuerpo y alma, como hemos dicho, á sus enemigos. Así, tan pronto como alcanzó la Sede pontificia, unióse á la liga presidida por Carlos V y le envió lo que mas necesitaba en aquella hora, á saber, dinero, veinte mil escudos de su propio peculio, treinta mil ducados del tesoro de Florencia, diez mil de Sienna, cinco mil de Lucca. Pero en estas aparece, aunque con rapidez, vencedor, y si no vencedor, predominante por completo en Italia, el Rey Francisco I. Su entrada en Milan trastorna la cabeza de los italianos, que creían por esta única veleidad de la fortuna, vencido y maltrecho al Emperador Carlos V; y las adhesiones de todos los potentados italianos llegaban al campamento de Pavía, sin que nin-

guno presintiese y adivinase que aquel campamento estaba llamado á ser como el sepulcro de la fortuna del Rey. El duque de Ferrara le prestaba cincuenta mil escudos y le remitía cincuenta carros cargados de municiones; la Señoría de Venecia le prefería, ella tan calculadora y prudente, al Emperador con quien estaba en tratos; los mismos Esforzas, víctimas de las victorias francesas, vacilaban y se creían ya perdidos para siempre y necesitados de resignar su corona en manos del afortunado vencedor. Pero ¿quién daba el ejemplo mayor de inconstancia y veleidad? ¿Quién desconocía mas sus compromisos y faltaba con descaro mayor á sus juramentos? ¿Quién? El Papa, aquel Julio de Médicis convertido en Clemente VII por su adhesión y por su fidelidad al Emperador y al Imperio. Ya veremos los incidentes de este drama y sus resultados favorables á la revolución religiosa.